



la arqueología conductual

Author(s): michael b. schiffer

Source: *Boletín de Antropología Americana*, julio 1991, No. 23 (julio 1991), pp. 31-37

Published by: Pan American Institute of Geography and History

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/40977924>

REFERENCES

Linked references are available on JSTOR for this article:

https://www.jstor.org/stable/40977924?seq=1&cid=pdf-reference#references_tab_contents

You may need to log in to JSTOR to access the linked references.

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Pan American Institute of Geography and History is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Boletín de Antropología Americana*

la arqueología conductual

Durante la década de los sesentas se dieron cambios drásticos en la arqueología estadounidense a causa del surgimiento de la Nueva Arqueología o Arqueología Procesual (Cf. Willey y Sabloff 1980). Como parte de esta tendencia, tanto Binford como sus colegas y discípulos han tenido una gran influencia, ya que plantearon nuevas preguntas sobre el pasado así como métodos innovadores para contestarlas (por ejemplo, véase Binford y Binford 1968; Watson, LeBlanc y Redman 1971). Así, comenzó a formarse un marco teórico diferente y desde principios de los 70's la Nueva Arqueología se consideró como la forma por excelencia de hacer arqueología, al menos en las universidades más progresistas de los Estados Unidos.

En esos años yo estudiaba en la Universidad de Arizona y, al igual que otros compañeros de mi generación, aprendí la Nueva Arqueología, discutiendo constantemente so-

bre temas teóricos y prácticos. Considerábamos que la arqueología se había convertido en una disciplina en extremo confusa y que era una especie de mezcla de investigaciones sin conexión aparente. Por ejemplo, había personas que se autodenominaban arqueólogos y se dedicaban a la producción de instrumentos lícitos (e.g. Crabtree 1968), iban de un campo a otro tras de cazadores-recolectores contemporáneos (e.g. Binford 1973), estudiaban sitios recientes de menos de un siglo de antigüedad (e.g. Leone 1973) y, para mayor asombro dentro del medio antropológico, William Rathje realizaba trabajos de investigación sobre la basura que apenas se había desechado en Tucson (Rathje 1974). Por ende, creíamos que la arqueología ya no existía como una disciplina organizada y cada nueva edición de *American Antiquity* trajo ante nuestros azorados ojos más evidencias de la total anarquía intelectual que reinaba. No obstante, nos percatamos de que se trataba de una época emocionante y estimulante en que los arqueólogos experimentaban con ideas y métodos innovadores.

En esa época nació la Arqueología Conductual, dado que llegamos a la conclusión de que había llegado el momento apropiado para

* Presentamos, en este número, dos de las tres conferencias que el Dr. Schiffer dictó en el Museo del Templo Mayor en la ciudad de México, en el mes de julio de 1991.
El Dr. Schiffer es Investigador de la Universidad de Arizona. Revisó las traducciones Patricia Fournier.

reconstruir la disciplina. Para ello fue necesario un marco teórico de generalidad suficiente para incluir todas las actividades de las diversas investigaciones que se llevaban a cabo. A continuación se analiza en qué consiste la Arqueología Conductual hoy día, de qué se trataba en sus inicios y qué trayectoria debe tomar en el futuro, haciendo énfasis en la teoría y método.

En 1975 J. Jefferson Reid, William L. Rathje y yo publicamos en *American Anthropologist* un artículo intitulado "La arqueología conductual: cuatro estrategias" (Reid, Schiffer y Rathje 1975) y un año después apareció mi libro *La Arqueología Conductual* (Schiffer 1976). En estas publicaciones tempranas se estableció como meta primordial de la Arqueología Conductual la reintegración de la disciplina. Para promover esta idea, se propuso una nueva definición de la arqueología, que se enfoca al núcleo de los temas de la disciplina. Considerábamos que la arqueología consiste principalmente en las actividades de investigación sobre las relaciones entre la conducta humana y los artefactos, en todo lugar y en toda época. Esta definición pareció obvia y correcta y quizás esta actitud demasiado confiada explica por qué no nos tomó demasiado tiempo elaborarla, sin que jamás sospecháramos que este punto de vista sería tema de controversia; después de todo Deetz (1970) y otros investigadores ya habían anticipado nuestra formulación. Las cuatro estrategias de la arqueología conductual muestran el poder integrativo de esta definición.

Antes de proceder a detallarlas, es necesario señalar que hay un supuesto básico adicional de suma importancia en la Arqueología Conductual, o sea, que la arqueología debe conceptualizarse como la principal ciencia que describe y emplea una amplia gama de leyes sobre las relaciones entre la conducta humana y los artefactos. La palabra "ley" significa una declaración sobre las relaciones generales y, para expresar este mismo concepto, empleo también los términos de "teoría" y "principio general". Lo fundamental es apreciar que la arqueología es una ciencia distintiva, pues se centra en la investigación de temas

diversos pertenecientes a la conducta humana -religiosa, social, económica- y los artefactos relacionados con las actividades (para una elaboración reciente de este punto de vista véase Schiffer 1992).

Respecto a las estrategias de la Arqueología Conductual, en la número uno se emplean las leyes así como los artefactos que se produjeron y usaron en el pasado para contestar preguntas sobre la conducta humana pretérita. Esta estrategia incluye todo lo que tradicionalmente se ha considerado como arqueología, básicamente la prehistoria. No obstante, esta definición también abarca a la arqueología histórica y a la arqueología industrial.

La estrategia dos es muy diferente y se refiere al estudio de los artefactos del presente con el fin de establecer leyes científicas, siendo sus principales componentes la arqueología experimental y la etnoarqueología. Como parte de esta estrategia el arqueólogo intenta contestar preguntas generales que pueden producir los principios de mayor utilidad para la investigación de la conducta humana del pasado e incluso del presente.

La tercera estrategia también se centra en el establecimiento de principios generales, pero su laboratorio es el registro arqueológico, ya que se basa en los artefactos que se produjeron y utilizaron en el pasado para generar leyes aplicables en la investigación sobre la conducta humana, tanto pretérita como presente. Lo anterior se fundamenta en el hecho de que únicamente en la arqueología se tiene acceso a datos de procesos conductuales de larga duración y que se han terminado (sobre este punto véase Plog 1974). Por ello, consideramos que los arqueólogos pueden investigar los cambios en la conducta humana de manera más adecuada que los especialistas en cualquier otra ciencia social.

Finalmente, en la cuarta estrategia los arqueólogos aplican en la investigación de la escala temporal actual los principios generales que se generan a partir de las estrategias dos y tres. Es decir, se trata de entender a la sociedad contemporánea para contestar preguntas específicas acerca de la conducta humana.

Cuando se formuló este marco teórico de la Arqueología Conductual, la estrategia uno incluía casi todas las actividades realizadas por los arqueólogos. Nuestra afirmación -o al menos esperanza- era que la arqueología maduraría como disciplina científica y sería factible que en el medio se reconociera la importancia de las estrategias dos, tres y cuatro. Han pasado quince años desde el nacimiento de la Arqueología Conductual y, tal como expresaron algunos investigadores, en los Estados Unidos la disciplina ha cambiado bastante; en particular creció vertiginosamente la segunda estrategia según puede apreciarse en la abundancia de publicaciones sobre arqueología experimental y etnoarqueología. Los resultados hasta ahora son interesantes y han tenido efectos marcados sobre la práctica de la prehistoria, pues es obvio que ningún prehistoriador puede rechazar la estrategia dos sin parecer incompetente.

El desarrollo de la tercera estrategia ha sido mucho más lento de lo que nosotros predijimos, hecho sorprendente dado el interés manifiesto de los arqueólogos en el estudio de los procesos de cambio. Lo que ha ocurrido es que constantemente se piden prestados principios de otras ciencias. Este patrón ya era evidente en la Nueva Arqueología, que mostraba un apasionamiento por la teoría de sistemas así como por los principios generales de la ecología (Cf. Watson, LeBlanc y Redman 1971). Los arqueólogos conductuales creían que esta tendencia de importar principios disminuiría (Schiffer 1975), pero en la actualidad lo que sucede es muy diferente, ya que prácticamente no hay indicio alguno de la construcción propia de teorías sociales (Schiffer 1978). Desde mi punto de vista es trágica esta orgía de préstamos indiscriminados.

De igual manera hay pocos desarrollos de la estrategia cuatro, aunque William Rathje ha continuado sus estudios de la "basura fresca" en Tucson (e.g. Rathje 1989, 1990; Rathje y Ho 1987) así como en otras ciudades de Estados Unidos y de otros países, incluyendo México. Sus trabajos han impactado significativamente a diversas disciplinas científicas

y a la sociedad actual, pero la actitud que por desgracia prevalece entre los arqueólogos es prácticamente de hostilidad.

La debilidad en el crecimiento de las estrategias tres y cuatro llama la atención acerca de un problema aún más serio y de gran profundidad, es decir, la reticencia de los arqueólogos en creer que su marco teórico dota a la disciplina con un punto de vista único e importante para la investigación de la conducta humana. Parecería que la disciplina tiene un complejo de inferioridad en cuanto a la construcción de la teoría conductual. Aparentemente los arqueólogos piensan que sólo en ciencias sociales como la sociología y la antropología cultural se pueden generar espléndidas teorías, ideas improductivas que consideramos es indispensable abandonar.

En definitiva los arqueólogos tienen un complejo de inferioridad precisamente porque estudian artefactos. Comúnmente los anticuarios, coleccionistas y curadores estudian también objetos y cosas viejas, pero los científicos sociales no estudian clase alguna de artefactos. La mayoría de los arqueólogos disfrutan el análisis de artefactos, pero se ubican en un plano de inferioridad intelectual a causa de las actitudes que tienen los científicos sociales. Por ejemplo, en el Departamento de Antropología de la Universidad de Arizona, hay un antropólogo cultural que les dice a algunos de los estudiantes de arqueología que son demasiado inteligentes para dedicarse al estudio de artefactos, pues de acuerdo con muchos especialistas en el campo de las ciencias sociales, el arqueólogo es un anticuario que quiere aparentar ser un científico.

Obviamente los arqueólogos investigan los artefactos dado que aportan información no disponible en otro estado sobre las sociedades pretéritas desaparecidas. El pasado sólo existe en los artefactos y los científicos sociales los ignoran, ya que los consideran irrelevantes. Para ellos son importantes las ideas, motivaciones, valores, actitudes y reglas culturales que supuestamente genera la conducta humana, así que todo puede entenderse sin que se requiera tomar en cuenta a los artefactos.

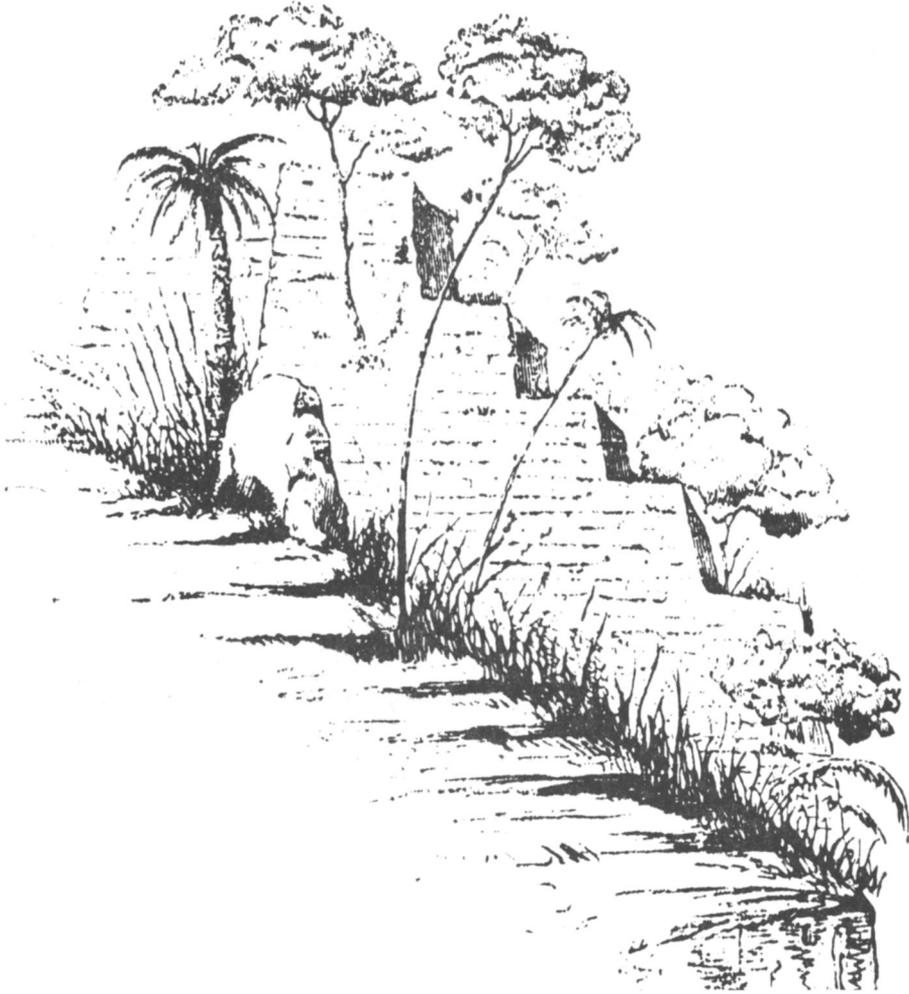
Si los arqueólogos desean permanecer en un estatus bajo en las ciencias sociales en los Estados Unidos pueden hacerlo con facilidad, ya que no se requiere esfuerzo alguno. Si esta es la vía a seguir, los arqueólogos continuarán en su incansable proceso de importación de principios generales, sin embargo hay una senda diferente a la que ha dado acceso a la Arqueología Conductual. Cuando se sigue este camino es necesario reconocer que la investigación de artefactos es la mayor fuerza de la disciplina como ciencia (Rathje y Schiffer 1982; Schiffer 1992). Cabe aclarar que la preocupación por el estudio de los artefactos no es una debilidad, además es posible apreciar que todas las ciencias sociales, a excepción de la arqueología, carecen de la capacidad de crear teorías válidas sobre la conducta humana, en especial las teorías referentes a los procesos de cambio.

Es posible afirmar que los artefactos no sólo son el corazón de la arqueología sino que también son el núcleo de la conducta humana. Los artefactos intervienen virtualmente en todas las actividades de cualquier sociedad. Cuando les pregunto a las personas si consideran que existe alguna actividad en la que no se empleen artefactos es común que mencionen el sexo. Esta respuesta es una locura, pues el sexo es más que un momento de pasión. Se trata de un complejo de actividades y las relaciones sexuales implican diversos artefactos que sirven, por ejemplo, como anzuelos -el perfume, los atuendos, la joyería-aditamentos eróticos, camas y ropa de cama, por mencionar algunos. Es claro que sería una actividad sin importancia al faltar los artefactos, que no sólo participan en las actividades sino que además constituyen símbolos y objetos utilitarios. Las actividades de cada sociedad son parte de una red compleja que se establece por el movimiento de personas y objetos. Los procesos causales de los cambios conductuales comienzan y terminan en esta matriz conformada por las personas y sus artefactos (para una elaboración de este marco véase Schiffer 1992).

Esta manera de considerar la conducta humana, que subraya a las actividades y sus

artefactos, permite que los arqueólogos puedan formular preguntas nuevas y significativas sobre los cambios en la conducta humana y, lo más importante, es que es factible construir cuerpos de teoría para explicar los fenómenos que esta perspectiva nos obliga a percibir. Por tanto, a causa del marco teórico, la arqueología permite que se perciban las sociedades humanas de una manera completamente distinta que en las ciencias sociales tradicionales. Si hay dudas respecto a que el marco teórico de la arqueología posibilita realizar observaciones profundas sobre las sociedades humanas, puede ejemplificarse comparando las descripciones arqueológicas de alguna actividad con las que harían otros científicos sociales como el psicólogo, sociólogo, antropólogo cultural y economista. Tomemos el caso de una actividad mundana cotidiana, como el desayunar en casa.

Sin duda la descripción del arqueólogo comenzaría con los detalles referentes a los miembros de la familia y el lugar, como quién(es) vive(n) ahí, dónde se localiza la casa en el asentamiento, o cuáles son las características físicas de la casa. La siguiente tarea sería registrar todos los artefactos que hay en la cocina donde se realiza la actividad. En la lista se mencionarían las características de cada artefacto, dónde fue hecho y cómo se obtuvo, también se incluirían las ropas y joyería que llevan las personas de la familia. El núcleo de esta descripción consiste en la actividad misma, es decir, exactamente lo que las personas hacen en términos conductuales, como conversar entre ellos, leer el periódico, preparar los alimentos, llevar y servir la comida, beber y comer el desayuno, limpiar la mesa, lavar los platos, vasos y utensilios, etc. Por supuesto que estas descripciones hacen alusión explícita a los artefactos que se registraron antes, además, el investigador les preguntaría a las personas con qué frecuencia se realiza esa actividad en ese lugar. Entonces, para el arqueólogo en una actividad se relacionan personas específicas y artefactos determinados para obrar recíprocamente de una manera también determinada. Esta interacción sucede en un lugar y tiempo dados.



Ahora podría imaginarse lo que anotaría el psicólogo acerca de la misma actividad, creo que se sentaría a la mesa con la familia, después le daría a cada miembro de la familia un cuestionario con preguntas sobre las actividades diversas respecto a la comida, a los otros integrantes de la familia y a la vida familiar. El psicólogo también observaría los patrones de interacción social, intentando entender las motivaciones ocultas y oscuras, sin que importe la actividad misma.

Pensemos que se fue el psicólogo y en su lugar llega un sociólogo, a este especialista

no le gusta comer y tiene mucha prisa por aplicar su cuestionario, para concluir trata temas familiares como la riqueza o la pobreza, la afiliación étnica, el tipo de familia, las ocupaciones de sus integrantes, el nivel social, la religión, etc. Cuando la familia ha terminado de llenar los cuestionarios el sociólogo se despide.

Pero no hay que preocuparse pues ahora hace acto de presencia el antropólogo cultural, quien disfruta de la comida y en realidad se preocupa poco de lo que coma o beba, aunque piensa que es mucho mejor conversar con

la familia. Tiene una grabadora portátil para registrar la historia de la familia, cuentos, mitos y leyendas y toda clase de relatos. Para recopilar todo lo que le interesa requiere bastante tiempo y por ello trae su equipaje, instalándose en un cuarto de la casa. Las actividades cotidianas como desayunar le brindan la oportunidad de participar en la interacción social y grabar ejemplos extensos de discursos de los miembros de la familia. Al antropólogo le parece que la vida es hablar y escuchar.

Después de algunas semanas el antropólogo abandona el lugar y ya no hay nadie más que llegue a desayunar. El economista no tiene ningún interés de obtener información al nivel de familias específicas y aunque es cierto que estudia los bienes materiales, lo que compra y usa una familia determinada no es relevante. El economista permanecerá cómodamente en su oficina leyendo informes estadísticos, escritos en un nivel demasiado elevado para tratar con la verdadera conducta humana.

Cada patrón de obtención de datos sobre la actividad ejemplificada refleja de manera adecuada el marco teórico de las diferentes disciplinas, el cual provoca que algunas observaciones sean importantes y otras irrelevantes. Por ellos, cada investigador considera fenómenos distintos y sus observaciones así como sus datos fundamentan al marco teórico mismo. Lo que falta en estas descripciones es inútil y carece de significación. En las ciencias sociales los artefactos de la vida cotidiana son distracciones, no se consideran como información relevante en la investigación.

Para construir una ciencia social capaz de contestar las preguntas sobre los cambios en la conducta humana, es necesario establecerla sobre una base de observaciones como las que sólo pueden crear los arqueólogos. La tarea más importante de una ciencia social es explicar lo que hacen los miembros de un grupo y hoy en día únicamente los arqueólogos tienen interés en la conducta en lugares naturales. Esta conducta, es decir las actividades, no puede describirse sin mencionar los artefactos, sería imposible imaginar desayunar sin ellos.

Lamentablemente es común que las ciencias sociales en la actualidad no toman en consideración ni a los artefactos ni a la conducta humana verdadera, razón por la cual el marco teórico de la arqueología puede contribuir sustancialmente a la ciencia moderna. Quizás sólo en la arqueología existe la oportunidad de descubrir leyes de los cambios en la conducta humana. Según señalan los arqueólogos conductuales, esta capacidad de generar principios científicos reside en nuestra apreciación de las relaciones diversas entre la conducta humana y los artefactos.

Agradecimientos

Agradezco a Patricia Fournier y Annette Schiffer su ayuda para la traducción de este artículo al español. Este artículo fue originalmente presentado en el ciclo de conferencias sobre Arqueología Conductual, organizadas por el Museo del Templo Mayor y la Maestría en Arqueología de la ENAH, México, D.F., el 15 de julio de 1991.

Bibliografía

- Binford, Lewis
1973 "Interassemblage variability - The Mousterian and the functional argument", in *The explanation of culture change: models in prehistory*, ed. por C. Renfrew, pp. 227-253. Duckworth, London.
- Binford Sally R. and Lewis R. Binford (editores)
1968 *New Perspectives in archeology*. Aldine, Chicago.
- Crabtree, Don E.
1968 "Mesoamerican polyhedral cores and prismatic blades", *American Antiquity* 33:446-478.
- Deetz, James
1970 "Archaeology as a social science", in *Current directions in anthropology*. *American Anthropological Association, Bulletin* 3(2):115-125.

Leone, Mark P.

1973 "Archeology as the science of technology: Mormon town plans and fences", in *Research and theory in current archeology*, ed. por C.L. Redman, pp. 125-150. Wiley, New York.

Plog, Fred

1974 *The study of prehistoric change*. Academic Press, New York.

Rathje, William L.

1974 "The Garbage Project: a new way of looking at the problems of archaeology". *Archaeology* 27:236-241.

1989 "Rubbish!" *The Atlantic*, Diciembre, pp. 1-10.

1990 "Archaeologists bust myths about solid waste and society". *Garbage: The practical Journal for the Environment*. Septiembre/octubre, pp. 32-39.

Rathje, William L. and E.E. Ho

1987 "Meat fat madness: conflicting patterns of meat fat consumption and their public health implication". *Journal of the American Dietetic Association* 87: 1347-1362.

Rathje, William L. and Michael B. Schiffer
1982 *Archaeology*. Hartcourt Braee Jovanovich, New York.

Reid, J. Jefferson, Michael B. Schiffer and William L. Rathje

1975 "Behavioral archaeology: four strategies". *American Anthropologist* 77: 864-869.

Schiffer, Michael B.

1975 "Archaeology as Behavioral science" *American Anthropologist* 77:836-848.

1976 *Behavioral archaeology*. Academic Press, New York.

1988 "The structure of archaeological theory". *American Antiquity* 53:461-485.

1992 *Technological perspectives on Behavioral change*. University of Arizona Press, Tucson.

Watson, Patty Jo, Steven A. LeBlanc and Charles L. Redman

1971 *Explanation in archaeology*. Columbia University Press, New York.

Willey, Gordon R. and Jeremy A. Sabloff
1980 *A history of American archaeology*. 2ª edición, W.H. Freeman, San Francisco.

